

CAPITULO XVIII

Que prueba frecuentemente dos cosas, á saber: el poder de los ataques de nervios y la fuerza de las circunstancias.

Durante los dos días que siguieron al almuerzo de mistress Cazaleón, los tres discípulos de aquel sabio permanecieron en Eatanswill, esperando con ansiedad alguna noticia de su respetable amigo. Mr. Tupman y Mr. Snodgrass habían sido abandonados de nuevo á sus propios recursos, porque Mr. Winkle, resistiendo á las más solícitas invitaciones, continuaba viviendo en casa de Mr. Pott y consagrando todo su tiempo á la soledad de su amable esposa. El mismo Mr. Pott, para completar su felicidad, se unía de tiempo en tiempo á la conversación. Habitualmente absorbido en la profundidad de sus especulaciones políticas, aquel grande hombre no estaba acostumbrado á descender de las alturas de la inteligencia á los humildes valles en que habitan los espíritus ordinarios. Pero esta vez, queriendo honrar á un discípulo de Mr. Pickwick, se encorvó bajó de su pedestal, consintió en andar por tierra, adaptando con benignidad su inteligencia á la comprensión de lo vulgar y confundiendo, por lo menos en cuanto á las formas externas, con la multitud de los humanos.

Siendo esta la conducta observada por el periodista con Mr. Winkle, se comprenderá fácilmente la sorpresa de éste cuando una mañana, estando sentado en el comedor, vió que la puerta se abría con violencia y que entraba Mr. Pott majestuosamente, rechinaba los dientes como para hacer más incisivas sus palabras, y le decía con voz semejante al ruido de una sierra.

—¡Serpiente!

—¡Caballero! — exclamó Winkle estremeciéndose y levantándose.

—¡Serpiente, caballero! — repitió Pott levantando la voz.

Después, bajándola repentinamente, añadió:

—He dicho serpiente, caballero, ya comprenderéis.

Cuando uno se ha separado de un hombre á las dos de la tarde con expresiones de amistad y benevolencia y se le vuelve á ver á las nueve de la noche, y le llama á uno serpiente, es natural deducir que ha posado alguna cosa desagradable en aquel intervalo. Esto fué lo que pensó Mr. Winkle; devolvió á Mr. Pott su mirada

glacial, y conforme á los deseos expresados por éste, trató de comprender la palabra *serpiente*, pero no pudo conseguirlo, y después de algunos minutos dijo:

—Serpiente, caballero, serpiente. ¿Qué queréis decir? Creo que eso será alguna broma.

—¿Broma? — exclamó el editor con un gesto que indicaba vivos deseos de arrojarle la tetera á la cabeza. —¡Broma!... pero me calmaré, quiero calmarme, caballero...

Y para probar que quería calmarse, se arrojó sobre un sillón echando espumarajos por la boca.

—Mi querido amigo — dijo Mr. Winkle.

—¡Mi querido amigo! ¿cómo os atrevéis á llamarme así, caballero? — le dijo Mr. Pott.

—A fe mía, no sé cómo vos os atrevéis á llamarme *serpiente*.

—Porque lo sois.

—¡Probádmelo! — exclamó Mr. Winkle con calor; — ¡probádmelo!

Una nube sombría parecía cubrir el semblante de Mr. Pott. Sacó del bolsillo *El Independiente*, que acababan de traerle, y se lo entregó á mister Winkle, mostrándole un párrafo con el dedo.

El pinkwickiano, estupefacto, tomó el periódico, y leyó en voz alta lo que sigue:

«Nuestro obscuro é innoble colega, en sus observaciones repugnantes sobre las últimas elecciones de esta ciudad, ha tenido la infamia de violar el santuario de la vida privada y de hacer alusiones muy claras á los asuntos personales de nuestro candidato: sí, á los asuntos particulares de nuestro futuro representante mister Tirkín, que á pesar de una derrota debida á innobles manejos, no dejará de ser nuestro representante un día ú otro. ¿En qué piensa nuestro vil colega? ¿qué diría ese desgraciado, si despreciando como él las conveniencias sociales, levantásemos el velo que felizmente para él oculta las torpezas de su vida privada, al ridículo del público, por no decir á la execración pública? ¿Qué diría si nosotros indicásemos, si mencionáramos circunstancias notorias y conocidas de todo el mundo, excepto por nuestro ciego colega? ¿Qué diría si suprimiésemos el siguiente desahogo que hemos recibido en el momento de poner en prensa nuestro número, y que nos ha sido dirigido por uno de nuestros compatriotas, por uno de nuestros más ingeniosos corresponsales?

Versos dedicados á un Pote

¡Oh, Pote! Tú nada sabes,
y todo el mundo lo dice;
todos los vieron muy bien,
y tú, Pote, nada viste.
Cuando al son de las campanas
dice al tocar *tinkle, tinkle,*
coge á la dama traviesa
y entrégala á Mr. W...»

— ¡Pues bien! — dijo Mr. Pott con gran solemnidad;
— ¡bien, malvado! ¿cuál es la rima de *tinkle*?

— ¿Cuál es la rima de *tinkle*? — interrumpió mistress Pott, que entraba en la habitación en aquel momento y había oído tan sólo aquellas últimas palabras; — ¿qué es la rima de *tinkle*? Winkle, si no me engaño.

Al pronunciar estas palabras, mistress Pott sonrió graciosamente y tendió la mano al turbado pickwickiano. Este iba á estrechar aquella mano, cuando Mr. Pott, indignado, se arrojó entre ellos.

— ¡Atrás, señora! — exclamó; — ¡atrás! ¡tomar la mano, en mis barbas!

— ¡Mr. Pott! — dijo su esposa admirada.

— ¡Miserable mujer! ¡mirad, mirad esto, señora! *Versos dedicados á un Pote*... Soy yo, señora; este *pote* es alusión á mí, que me llamo Pott. ¡Entregadla á mister Winkle! sois vos, señora.

Y lanzó á sus pies el número de *El Independiente* con una ebullición de rabia acompañada de una especie de temblor, ocasionado por la expresión del semblante de su mujer.

— ¿Y qué? — dijo mistress Pott bajándose para coger el periódico; — ¿y qué?

Mr. Pott se estremeció ante la mirada desdeñosa de su mujer; hizo un esfuerzo desesperado para evocar su valor, pero fué en vano.

Cuando se lee esta corta frase «¿y qué?» parece que no tiene nada de particular; pero el tono con que fué pronunciada, la mirada que la acompañó, parecían anunciar una futura venganza, suspendida de un cabello sobre la cabeza del periodista.

Mistress Pott leyó el párrafo, lanzó un grito desgracioso y se dejó caer cuán larga era sobre el suelo; allí tendida boca arriba, golpeaba el suelo con los tacones de un modo tan asiduo, que no dejaba duda alguna sobre la delicadeza de sus sentimientos en aquella ocasión.

— Querida — balbuceó Mr. Pott en su terror; — que-

rida, yo no he dicho que creía... yo... no he...

Pero la voz del desdichado esposo era sofocada por los aullidos de su graciosa mitad.

— Mistress Pott — continuó Mr. Winkle, — permitidme suplicaros que os tranquilicéis un poco.

Todo fué inútil; los gritos y los taconazos eran más violentos y más repetidos cada vez.

— Querida — dijo el editor, — yo siento mucho... si no por vos, hacedlo por mí... vais á atraer la gente en la calle con esas voces.

Pero mientras más calurosamente hablaba mister Pott, más chillaba su mujer.

Felizmente, mistress Pott tenía una compañera en la persona de una joven *lady*, cuyo empleo ostensible era presidir el tocador de su ama, pero que era además útil en una infinidad de cosas, y principalmente en ayudar á la dama á contrariar todos los deseos y todas las inclinaciones del desventurado periodista. Los ruidos histéricos de mistress Pott llegaron bien pronto á los oídos de aquella *guardia de corps*, que vino á la sala con una rapidez que ponía en peligro la esquisita armonía entre su tocado y sus cabellos.

— ¡Oh! ¡mi querida ama! ¡mi querida ama! — exclamó la joven arrodillándose al lado de mistress Pott.

— ¡Oh! ¡mi querida ama! ¿qué tenéis?

— Vuestro amo, vuestro amo brutal... — balbuceó la enferma.

Pott desfallecía evidentemente.

— ¡Es una vergüenza! — dijo la joven en tono de reprensión; — estoy segura de que os llevará al sepulcro; ¡pobre ángel!

Pott desfallecía más.

— ¡Oh! ¡no me abandonéis, Goodwin! — murmuró mistress Pott, asiéndose con una fuerza convulsiva á los puños de la joven; — sois la única persona que me ama.

Al oír este tierno apóstrofe, miss Goodwin derramó trágicas y abundantes lágrimas.

— Jamás, señora, jamás. ¡Ah! caballero, debéis andaros con cuidado, debéis ser prudente; no sabéis cuánto mal hacéis á vuestra esposa. Algún día os pesará.

El desgraciado Pott miró tímidamente á su esposa, pero no dijo nada.

— Goodwin — dijo mistress Pott con voz dulce.

— ¿Señora?

— ¡Si supieras cuánto he amado á ese hombre!...

— No os atormentéis recordando eso, señora.

Pott manifestó que estaba asustado; era el momento de dar un golpe decisivo.

— ¡Y ahora!... — dijo sollozando mistress Pott: —

ahora... después de tanto amor, ser tratada de este modo. ¡Desventurada mujer! ¡insultarme en presencia de un tercero, de un extraño! pero no lo consentiré, Goodwin, — continuó mistress Pott, levantándose en brazos de la joven. — Mi hermano el teniente me protegerá; quiero una separación, Goodwin.

—Ciertamente, señora, él lo merece.

No sabemos qué pensamiento sugirió al editor la idea de una separación; lo cierto es que se contentó con decir humildemente:

—Querida mfa, ¿quieres oirme?

Una nueva descarga de sollozos fué la única respuesta; y mistress Pott, que se puso nerviosa entonces, preguntó con voz entrecortada por qué había nacido, por qué se había casado, y quiso saber la razón de otras muchas cosas más.

—Querida mía — le dijo Mr. Pott, — no os abandonéis á esos sentimientos exaltados. Yo nunca creí que este párrafo tuviese fundamento alguno; ¡ninguno, querida! ¡imposible! Tan sólo me irritó, me puso furioso la osadía de los redactores de *El Independiente*, que han tenido la insolencia de insertar esto. Esta es la cuestión.

Al hablar así, Mr. Pott dirigió una mirada suplicante á la causa inocente de aquel lío, como para indicarle que no hablara más de la *serpiente*.

—¿Y qué pasos daréis, caballero, para obtener satisfacción? — preguntó Mr. Winkle, que recobraba el valor á medida que Mr. Pott lo perdía.

—¡Oh, Goodwin! — murmuró mistress Pott, va á ensartar al director de *El Independiente*. ¿Lo hará, Goodwin?

—Silencio, señora; calmaos, os lo suplico. Ciertamente, señora, lo ensartará si vos lo deseáis.

—Sin duda — dijo Mr. Pott, al ver que su mitad se disponía á un nuevo ataque; — no hay duda, yo le ensartaré.

—¿Cuándo, Goodwin, cuándo? — dijo mistress Pott dudando si debía caer.

—Sin dilación — dijo el editor, — antes de mañana.

—¡Oh Goodwin! es el único medio de detener el escándalo y de asentar mi reputación en el mundo.

—Ciertamente, señora, ningún hombre, si hay hombres, puede negarse á eso.

Sin embargo, los ataques de nervios aparecían en el horizonte: Mr. Pott repitió de nuevo que él ensartaría al otro editor; pero mistress Pott estaba tan desconsolada por la idea de su deshonra, que estuvo á punto de caer de nuevo; y la caída hubiera tenido lugar sin duda, á no ser por los esfuerzos infatigables de miss Goodwin, y por las repetidas súplicas del partido vencido. Poco

después la dama se encontró mejor, fué llevada á la mesa, y nuestros tres personajes comenzaron á comer.

—Yo esperó, Mr. Winkle — dijo mistress Pott con una sonrisa que brillaba al través de las lágrimas, — yo espero que las viles calumnias de ese periódico no os harán marcharos de nuestra casa.

—Espero que no — añadió Mr. Pott, que en su corazón deseaba que su huésped se atragantase con el pedazo de carne asada que llevaba á la boca en aquel instante; — espero que no.

—Sois muy amable — respondió Mr. Winkle; — pero esta mañana he encontrado en mi habitación una nota de Mr. Tupman, en que me anuncia que Mr. Pickwick nos escribe diciéndonos que vayamos á unirnos á él en Bury. Partiremos en el coche de las doce.

—¿Pero volveréis? — dijo mistress Pott.

—¡Oh! sin duda.

—Estáis seguro de ello — dijo la dama, lanzando una tierna y furtiva mirada á su huésped.

—Ciertamente — respondió Mr. Winkle.

La comida terminó en silencio, porque cada uno de los presentes meditaba en sus penas. Mistress Pott sentía la partida de su galán; Mr. Pott su imprudente promesa de ensartar á *El Independiente*; Mr. Winkle deploraba las galanterías que le habían puesto en tan comprometida situación. Llegó la hora de partir, y después de muchas despedidas y promesas de vuelta, mister Winkle se separó de aquella familia, que tan bien le había tratado.

—Si vuelve, le enveneno — pensó Mr. Pott retirándose á su despacho, en que preparaba los rayos de la elocuencia.

—Si vuelvo yo á emparedarme con esta gente, — pensó Mr. Winkle dirigiéndose á *El Pavo de plata*, — que me ensarten á mí.

Sus amigos estaban prontos, el coche llegó, y media hora después los tres pickwickianos emprendían su viaje por el mismo camino que tan felizmente había recorrido antes Mr. Pickwick en compañía de Sam.

Sam Weller les esperaba á la puerta de *El Angel*, y los llevó á la habitación de Mr. Pickwick. Allí, con gran sorpresa de todos, encontraron al viejo Wardle y á Mr. Trundle.

—¿Cómo va? — dijo el viejo estrechando la mano de Mr. Tupman; — vamos, vamos, no toméis un aire sentimental; ya no tiene remedio, amigo mío; por ella hubiera yo deseado verla casada con vos; pero por vuestro interés me alegró de que sea así. un joven buen mozo como vos, no dejará de encontrar proporciones mejores.

Al proferir estas palabras consoladoras, el viejo Wardle daba algunos golpecitos en la espalda de mister Tupman, y reía con todo su corazón.

—Y vosotros, mis queridos compañeros, ¿cómo estáis? —continuó el viejo, estrechando á la vez la mano de Mr. Winkle y la de Mr. Snodgrass; — acabo de decir á Mr. Pickwick que quiero veros reunidos á todos por Navidad. Tendremos una boda, una boda real, esta vez.

—¡Una boda! — exclamó Snodgrass palideciendo.

—Sí, una boda; pero no os asustéis — replicó el bondadoso viejo; — es Mr. Trundle quien se casa con Isabel.

—¡Ah, ya! — dijo Mr. Snodgrass, aliviado de un gran peso; — os felicito con todo mi corazón, caballero. ¿Cómo está Joe?

—Muy bien, siempre dormido.

—¿Y vuestra madre? ¿y el vicario? ¿y todos los demás?

—Muy buenos.

—Caballero — dijo Mr. Tupman, haciendo un gran esfuerzo, — ¿Dónde está... dónde está... ella?

Al decir esto, volvió la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

—¿Ella? — replicó el viejo sacudiendo la cabeza con aire maligno. — ¿Queréis hablar de mi hermana, eh?

Mr. Tupman indicó con un gesto que su pregunta se refería á la tía abandonada.

—¡Oh! ¡ha partido! vive en casa de una parienta, muy lejos; no podía soportar la presencia de mis hijas, y he tenido que dejarla partir. Pero aquí está la comida; debéis estar cansados del viaje, y yo tengo hambre; manos á la obra.

Se hizo justicia á la comida, y cuando se levantaron los manteles, Mr. Pickwick contó las desventuras que había sufrido y el resultado del infame complot del diabólico Jingle. Sus discípulos estaban petrificados de indignación y de horror.

—Al fin — dijo concluyendo Mr. Pickwick, — el reumatismo que he cogido en el jardín me tiene aun un poco cojo.

—Yo también he tenido una mala ventura — dijo Mr. Winkle sonriendo, y obediendo á la insinuación de Mr. Pickwick, contó el malicioso libelo de *El Independiente*, y la irritación de su amigo, el director de la *Gaceta de Batanswill*.

La frente de Mr. Pickwick se obscureció durante este relato; sus amigos lo notaron, y cuando Mr. Winkle calló, guardaron un profundo silencio. Mr. Pickwick dió un enfático golpe en la mesa con el puño cerrado, y dijo lo que sigue:

—¿No es una circunstancia maravillosa que parezcamos destinados á no poder entrar en el hogar de una persona cualquiera, sin llevar el desorden con nosotros? Os lo pregunto: ¿no debo temer la indiscreción, mejor dicho, la inmoralidad de mis discípulos, cuando veo que siempre que penetran en una casa, destruyen la paz del corazón, la felicidad doméstica de alguna mujer sencilla? ¿No es cierto que...

Según todas las probabilidades, Mr. Pickwick hubiera continuado en este mismo tono durante algún tiempo, si la entrada de Sam con una carta no hubiera interrumpido su elocuente discurso; pasó su pañuelo por la frente, se quitó los espejuelos, los limpió y se los volvió á poner; su voz recobró su habitual dulzura, cuando preguntó:

—¿Qué me traes ahí, Sam?

—Vengo del correo, señor, y he encontrado esta carta; hace dos días que está ahí.

—No conozco la letra — dijo Mr. Pickwick, abriendo la carta; — ¡el cielo tenga piedad de nosotros! ¿qué es esto? ¿es un sueño? esto... ¡esto no puede ser verdad!

—¿Qué es, pues? — preguntaron los amigos.

—¿Ha muerto alguien? — dijo Mr. Wardle, alarmado por la expresión de horror que contraía la fisonomía de Mr. Pickwick.

El filósofo no respondió; pero pasando la carta por encima de la mesa, suplicó á Tupman que la leyera en voz alta, y se dejó caer en su sillón, con un ademán de estupor y abatimiento, que daba compasión.

Mr. Tupman leyó con voz trémula lo siguiente:

Demanda de Bardell contra Pickwick

Muy señor nuestro: Habiendo sido encargados por la señora Marta Bardell de entablar una demanda contra vos por violación de una promesa de matrimonio, por la cual la demandante fija sus perjuicios en mil quinientas guineas, nos tomamos la libertad de participaros que estáis citado ante los tribunales, y deseamos saber inmediatamente el nombre del abogado de Londres que se encargará de defenderos.

28 de Agosto de 1831.

Vuestros servidores,

Dodson y Fogg.

A Mr. Samuel Pickwick.

El mudo estupor con que fué oída la lectura de esta carta era tan solemne, que cada uno de los presentes parecía temer turbar el silencio, y miraba alternativamente

á Mr. Pickwick y á los demás. Por fin, Mr. Tupman repitió maquinalmente:

—Dodson y Fogg.

—Bardell contra Pickwick — murmuró Mr. Snodgrass con aire distraído.

—La paz del corazón, la felicidad doméstica de alguna mujer sencilla... — murmuró Mr. Winkle con abstracción.

—Es un complot — exclamó Mr. Pickwick recobrando al fin la palabra. — Es un infame complot de esos dos abogados rapaces. Mistress Bardell no hubiera hecho nunca tal cosa; no tiene corazón para esto, ni tiene derecho tampoco. ¡Qué ridiculez!

—En cuanto á su corazón — dijo Mr. Wardle sonriendo, — vos sois seguramente el mejor juez; pero en cuanto á su derecho, os digo, sin que por esto quiera desanimaros, que Dodson y Fogg son mejores jueces que todos nosotros.

—Es una baja tentativa para estafarme algún dinero.

—Lo creo — dijo Mr. Wardle.

—¿Quién ha oído alguna vez hablarme de otro modo que como habla un inquilino á su casero? — continuó Mr. Pickwick con gran vehemencia; — ¿quién me ha visto alguna vez con ella? No, ni aun mis amigos aquí presentes.

—Una sola vez — interrumpió Mr. Tupman.

Mr. Pickwick cambió de color.

—¡Ah! — exclamó Mr. Wardle, — esto es importante; yo no había sospechado nada hasta ahora.

Mr. Tupman lanzó una mirada tímida á su mentor.

—Verdaderamente no hay nada de sospechoso, pero no sé cómo ha pasado; él la tenía en sus brazos.

—¡Gran Dios! — exclamó Pickwick, recordando aquella enojosa escena; — ¡es verdad! ¡es verdad! ¡Qué horrible prueba del poder de las circunstancias!

—Y nuestro amigo procuraba consolarla — añadió Mr. Winkle con un poco de malicia.

—Es cierto — dijo Mr. Pickwick, — no lo negaré.

—¡Oh, oh! — exclamó Mr. Wardle, — para un asunto que no tiene nada de sospechoso, esto me parece un poco grave. ¡Eh, Pickwick! ¡Ah! sois un picarón...

Y empezó á reír con tanta fuerza, que los vasos se estremecieron sobre la bandeja.

—¡Qué espantosa reunión de apariencias! — exclamó Mr. Pickwick, apoyando su barba en sus dos manos. — Winkle, Tupman, os suplico que me perdonéis las observaciones que acabo de hacer. Somos todos víctimas de las circunstancias.

Al concluir esta reflexión, Mr. Pickwick ocultaba el rostro entre las manos y se ponía á meditar, mientras

Mr. Wardle dirigía á los otros miembros del Club una serie de guiños maliciosos y señas con la cabeza.

—De cualquier manera que sea — dijo Mr. Pickwick, elevando su obra indignada y dando un golpe en la mesa, — quiero que esto se explique. Veré á ese Dodson y á ese Fogg; iré á Londres mañana.

—No, mañana no, estáis aun muy cojo.

—Pues bien, pasado mañana.

—Pasado mañana es primero de Septiembre y habéis prometido venir con nosotros de caza.

—Pues bien, al otro día, el jueves. ¿Sam?

—Señor.

—Toma dos asientos de imperial en el coche de Londres para el jueves.

—Muy bien, señor.

—Sam Weller partió para ejecutar esta comisión. Tenía las manos en el bolsillo, los ojos fijos en tierra, y andaba lentamente hablando consigo mismo.

—Vaya con mi amo; ¿quién lo diría? Hacer el amor á aquella señora Bardell, una mujer que tiene un chiquillo. Siempre paran en esto los viejos verdes que tienen un aspecto tan honesto. No lo hubiera creído en él.

Y moralizando de este modo, Sam llegó á la oficina de los coches.

CAPITULO XIX

Un día feliz, terminado desgraciadamente

Los pájaros saludaron la mañana del primero de septiembre de 1831 como una de las más agradables de la estación, porque ignoraban felizmente los inmensos preparativos que se hacían para exterminarlos. Más de una joven perdiz, que corría por los prados con toda la graciosa coquetería de la juventud, y más de una perdiz madre, que consideraba aquella coquetería con el aire dosdenoso de un animal sabio y experimentado, ignoraban igualmente el destino que les esperaba, se bañaban en el aire fresco de la mañana con un sentimiento de felicidad y alegría. Algunas horas más tarde, sus cadáveres debían yacer extendidos por tierra. Pero, ¡silencio! ya es tiempo de concluir esta tirada, porque esto se va poniendo sentimental.

Hablando simple y prácticamente, diremos que era